

PORTFOLIO: AFECTADXS POR LOS AGROTÓXICOS

EL TRABAJO DE LA LUZ

POR RICARDO ROMERO

1

Unos años atrás, para una nota de Página 12, tuve la oportunidad de conocer a Pablo Piovano. Era por la tarde, recuerdo, a eso de las tres. Eso se vuelve importante. Estaba trabajando en la editorial, por San Telmo, y él llegó puntual. Flaco, alto, pelo largo, de una sola mirada se convenció de que la foto en cuestión no estaba ahí adentro. Me preguntó si tenía tiempo, si podía salir un rato. Le dije que sí. “Perfecto”, dijo, “entonces vamos a dar unas vueltas manzanas para buscar luz”. El día era soleado, eran las tres de la tarde, como ya señalé, por lo que yo veía luz por todas partes. No le dije nada. Hice bien. Mientras caminábamos lo vi buscar esa luz, detenerse y seguir los rastros, los reflejos, los rebotes del sol en las numerosas texturas y superficies que ofrecía el barrio. Ventanas, rebordes de carteles y persianas oxidadas, la fugacidad obvia de los autos en las calles apretadas, paredes blancas. Dijo algo así, mientras tanto, como para justificarse o explicarse: “Me gusta fotografiar con la luz del sol porque es la única que revela la verdad de las personas”. En realidad, no recuerdo si dijo verdad o alma. Para el caso tal vez sea lo mismo, me permito aventurar. Pienso en Tarkovsky para afirmarme, cuando en una escena de *Stalker*, con la imagen quieta sobre un pozo plateado de agua, una voz en off dice que las pasiones son solo la fricción del alma con el mundo exterior. Yo no puedo asegurar que existan almas y verdades, aunque quiero creer que sí. Pero algo en nosotros surge bajo esa luz que buscaba Piovano, la fricción de lo que somos con el mundo. Y la pasión en última instancia es el dolor que nos define, la afinación única de eso que se vuelve visible en la carne y sin embargo nadie puede asegurar que está ahí.

Tiempo después, cuando ya estaba trabajando con Patricio Eleisegui en la reedición corregida y aumentada para Gárgola de *Envenenados. Una bomba química nos extermina en silencio*, mientras me interiorizaba en el material que había surgido de sus investigaciones en diferentes localidades del país

sobre las devastadoras consecuencias sanitarias del uso de agrotóxicos en el campo argentino, él me habló del trabajo que había hecho un fotógrafo llamado Pablo Piovano, *El costo humano de los agrotóxicos*. En seguida me acordé de ese fotógrafo de Página 12, de esa caminata por las calles de San Telmo que seguramente él no recuerda pero que a mí me hizo pensar por primera vez en una de esas obviedades que se ocultan a la vista: la herramienta principal con la que trabaja un fotógrafo no es la cámara, es la luz. Por eso cuando me encontré con las terribles imágenes que Piovano había realizado en sus viajes por el interior del país, en alguna de las mismas localidades que había recorrido Patricio, la pregunta me resultó inevitable. Los cuerpos lastimados, olvidados, barrocos en su agonía, ¿el alma y la verdad, la pasión de quién muestran?

2

Imágenes en blanco y negro. Imágenes en blanco sobre negro. Empiezo por una imagen que me permite articular ideas, que no me encandila con la tragedia que revela. La elocuencia nace de una puesta en escena. Una mujer mayor con una máscara antigás. La habitación en la que está es el living de una casa de provincias. Una puerta con una cortina separa la habitación de lo que parece ser una cocina, donde vemos una alacena, una escoba apoyada en la pared, otra puerta por la que entra la luz que complementa la que da sobre la mujer de la máscara, en primer plano. La mujer de la máscara posa, mira a la cámara que la fotografía y en sus ojos hay una confesión que es al mismo tiempo un desafío: “Así vivimos”. Sostener esa mirada es perturbador. Es una mirada que no tiene edad ni sexo, de ojos pequeños, que no solo está mirando a la cámara sino a la tragedia que la habita, y que ha llevado la cámara hasta ahí. El fotógrafo es testigo pero también consecuencia: es un elemento extraño en ese mundo, su mundo, su living, que ha aparecido ahí porque ella es parte de una historia de agresiones y olvidos.

Pero hay un elemento más en la escena que nos saca del instante congelado por la imagen. En el living hay, en el extremo derecho de la foto, un retrato fotográfico que cuelga de la pared. Una nena de tres o cuatro años sonríe y posa con las manos levantadas. La nena, desde la foto, parece mirar a la mujer con la máscara, parece divertirse, parece querer jugar con ella. Hay un diálogo ahí. Y eso pone en movimiento una historia. La nena está fuera de foco y desde el vértice de la foto, es la cotidianidad postergada. La tragedia es algo desconocido que se asienta sobre algo que conocemos.

3

Los trabajos de Piovano y Eleisegui son complementarios. A través de las imágenes de uno y los textos del otro, nos enfrentamos a una realidad silenciada en los grandes medios de comunicación y criminalmente ignorada por las agendas políticas de turno. Los agrotóxicos, de la mano de las semillas transgénicas y las grandes corporaciones que las producen y comercializan, Monsanto y Bayer para nombrar las más importantes, están enfermando y matando a la gente que tiene que convivir con las fumigaciones. Córdoba, Entre Ríos, Misiones, Santa Fe, Chaco: el glifosato

y la soja transgénica son la cabeza de la serpiente de este desastre sanitario y ecológico, pero su cuerpo es basto y variado. Y todo esto empezó hace más de veinte años cuando el entonces Secretario de Agricultura, Pesca y Alimentación del menemismo, y ahora flamante opositor en red, Felipe Solá, estampó la firma que le entregó el campo a las multinacionales. Sin embargo, no es en el aspecto macro del asunto donde quiero detenerme. Ya lo hace Patricio de manera exhaustiva y documentada en su libro *Envenenados* (2017), y los derroteros de su trabajo los podemos seguir por las redes, con los avances y retrocesos de la batalla legal que se está librando en diferentes partes del país. Me interesa acercarme, poner la lupa, ahí donde sus textos y las imágenes de Piovano se vuelven trascendentes no ya por la trama económica y la desidia política que denuncian, sino por las intimididades arrasadas que revelan. Hay, en esos textos y esas imágenes, una pregunta que me desvela: ¿cómo se construye un nosotros que los incluya?

4

Fabián Tomasi, fallecido recientemente, es el rostro y el cuerpo de esta tragedia. También una de las voces. En los testimonios finales de *Envenenados*, dice: “A mí me tienen como un hito en todo esto porque los problemas y las enfermedades directamente se me notan”. En las fotos de Piovano podemos verlo en varias imágenes. Sentado en un living en penumbras, de pie en medio del campo, recortado por una pared en el interior de una casa. En todas esas imágenes la elocuencia de su cuerpo estragado por las enfermedades que le produjo su trabajo con agrotóxicos en los campos de Basabilbaso, Entre Ríos (padecía atrofia muscular generalizada y polineuropatía tóxica metabólica severa), nos interroga como la mirada de la mujer con la máscara antigás. Es la cara en la primera edición de *Envenenados*, la silueta en la segunda, una foto del stencil de Facundo Roma que se ha multiplicado por las calles de Rosario, y es una de las esculturas de Martín Di Girolamo en la muestra *Stage Diving* realizada el año pasado en Córdoba. Tomasi ha pasado de ser una víctima más, a ser, a través de la palabra y la imagen, un símbolo. “Soy Fabián Tomasi, soy la sombra del éxito”, dijo durante la inauguración en Buenos Aires de la muestra de Piovano en 2016. La sombra del éxito, sí, la sombra de cada uno de nosotros, habitantes de ese éxito.

5

Vuelvo a la luz. Las fotos de Piovano son difíciles de ver. Detenerse en ellas es doloroso e incómodo. La desnudez, la intimidad de los cuerpos resquebrajados, deformados por la contaminación, lastiman nuestra sensibilidad pero sobre todo la expanden: nos vemos obligados a aceptar un padecimiento que roza lo fantástico, que pone dentro del mapa de la realidad mundos que a priori ubicaríamos dentro del imaginario de la más cruda ciencia ficción apocalíptica. Y sin embargo están ahí, están acá: San Salvador y Basabilbaso, Entre Ríos, Colonia Aurora, Misiones, Los Laureles, Santa Fe, América, provincia de Buenos Aires, y centenares de lugares más. La luz con la que Piovano trabaja no solo esculpe e ilumina, entonces, los cuerpos y la humanidad de los numerosos afectados por los

agrotóxicos, sino que también rebota, salta de cada una de esas imágenes y cae sobre nosotros. No solo tenemos que aceptar estas realidades, sino que tenemos que encontrar herramientas para que nuestra sensibilidad las incluya en el “nosotros” desde el cual nos definimos. Otra vez, la fricción de eso que somos con el mundo.

6

Esta es la imagen con la que me quedo y cierro. Dos hermanos gemelos de Roque Sáenz Peña, Chaco, con microcefalia congénita, ríen a la vera de un camino rural. La luz sobre ellos no parece ser la de un día soleado. Más bien, la imagen tiene esa uniformidad que dan los días nublados. Uno está tirado en el piso y mira la cámara. Sonríe. El otro tiene los ojos cerrados, la cara vuelta al cielo, y está en plena carcajada. Conecto esta imagen con la de la mujer de la máscara antigás, con la nena que ríe en una foto dentro de la foto. Si la tragedia solo fuera tragedia, correríamos el riesgo de solo ser espectadores de un drama cerrado. Pero el trabajo de la luz no es plano ni estático. Las risas en estas imágenes son disruptivas. El drama no está cerrado. La vida está en juego y juega. No hay un orden de cosas del que somos ajenos. Hay un orden de eventos del que somos partícipes.



<https://vimeo.com/127559134>

